



SANDRA PARENTE

LAS MÁSCARAS DE **JULIA**

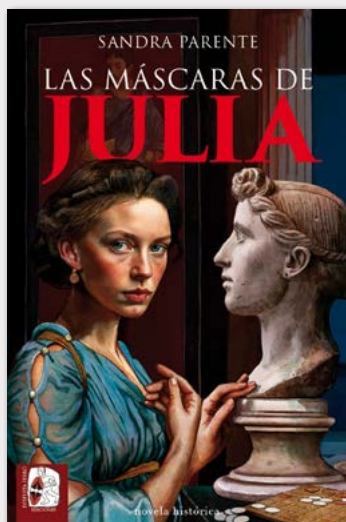
novela histórica

DOSIER DE PRENSA

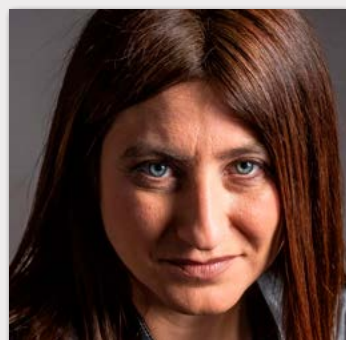


En la Roma de Augusto las mujeres también conspiran

«Familia, trabajo y virtud». Es el lema que Augusto, el primero de los ciudadanos pero el emperador en realidad, impone a los miembros de su familia, especialmente a las mujeres: casarse con quien él decida, tener hijos y estar al servicio de la familia, que es lo mismo que decir de Roma. Y es que ellas son piezas en el particular tablero en el que se dirige el control de un imperio. Dos mujeres, dos Julias, la hija y la nieta de Augusto, desafían las reglas del juego y aspiran a ser algo más que piezas que este utiliza a su conveniencia. Pero el juego de ladrones tiene sus reglas y participar en él significa correr riesgos... En la senda de un clásico como *Yo, Claudio* de Robert Graves, esta es la novela de una familia que tiene en sus manos el poder del Imperio romano.



Las máscaras de Julia
978-84-129847-0-5
552 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 25,95 €



«Y entonces, como cuando acaba una obra de teatro, las máscaras se caen y somos lo que recordamos. Recuerdos». Roma, principios del siglo I de nuestra era. Augusto, princeps, domina con mano férrea el Imperio, aunque mantenga la ficción de una República restaurada. Pero bajo la apariencia de una concordia que impulsa la recuperación de las viejas costumbres, late una represión que se cobrará víctimas incluso entre sus más allegados: su propia hija, Julia, acusada de adulterio, humillada públicamente y desterrada a un desolado islote del mar Tirreno. Años después, Julila, hija de Julia la Mayor y nieta de Augusto, indagará sobre lo que le ocurrió a su madre, para descubrir que la «historia oficial» que le contaron –a ella y a toda Roma– no es la verdad. Con un estilo íntimo y una trama coral, Sandra Parente nos adentra con su novela histórica *Las máscaras de Julia* en el seno de la familia del primero de los emperadores romanos, envuelta en un clima de obediencia y de silencios impuestos a rajatabla, donde todos –Livia, Tiberio, Julia, el propio Augusto...– se esconden, como actores, tras sus máscaras. Julila, que pasará a la posteridad como Julia la Menor, ahondará en el drama que vivió su madre, la hija del César casada tres veces, mientras debe tomar decisiones para no ser, ella también, una víctima.

Sandra Parente, de padres gallegos, nace en 1980 en Toulouse (Francia), donde crece hasta terminar la educación secundaria. Licenciada en Historia por la Universidad de Santiago de Compostela, con especialización en Arqueología e Historia Antigua, finalizó los cursos de doctorado con un trabajo de investigación sobre la función de la esclavitud romana en el noroeste peninsular. Desde 2003 ha desarrollado su carrera profesional en numerosas excavaciones arqueológicas y ha dirigido cerca de un centenar de intervenciones, principalmente en la provincia de Pontevedra y en particular en Vigo, ciudad en la que reside. Tras varios relatos, algunos de ellos premiados, publicó su primera novela, *El rey de Nemi* (2017), sobre la figura histórica de Calígula, y por la que recibió los Premios Hyslibris a Mejor Novela Histórica y Mejor Autor Novel. Cultiva una novela ambientada en época romana con un sorprendente estilo literario que combina una narrativa rigurosa con una especial sensibilidad, y con hincapié en los avances de la historiografía actual para no reiterar tópicos y desmontar mitos históricos.

En librerías el 1 de octubre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto:

Javier Gómez Valero – Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

LAS CLAVES DEL LIBRO

Una novela que nos traslada a la Roma de Augusto y a las casas de los miembros de la familia imperial: la historia de una familia que rigió el inicio del período imperial romano.

La «familia» del primer emperador como una perfecta metáfora de la lucha por el poder: por conseguirlo, por mantenerlo... y por subvertirlo.

Julia (Julia la Mayor) y Julila (Julia la Menor), madre e hija, hija y nieta de Augusto, sufrirán las consecuencias que supone no plegarse a ser las matronas ejemplares que exige el régimen del primer emperador romano.

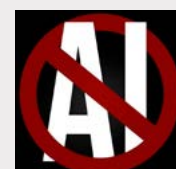
Julila investiga qué sucedió con su madre Julia, exiliada a una isla y privada de toda libertad, y qué hay de cierto en la «historia oficial» alrededor de un escándalo familiar convertido en vergüenza pública. ¿«Verdad» o propaganda?

«Familia, trabajo y virtud»: la moral privada como ejemplo de la moral pública. Y dos mujeres que sufren las consecuencias de querer ser «libres». ¿Adúlteras o víctimas?

Regresamos a una historia muy conocida sobre la Roma –y la familia– de Augusto, pero sobre la que aún hay muchos interrogantes sobre qué sucedió con ambas Julias, madre e hija, y qué podemos «descubrir» desde la ficción histórica.

Una novela coral con un estilo íntimo que nos aproxima a la mentalidad de algunas de las mujeres de la familia imperial y hasta qué punto se adaptaron a vivir según las normas del *princeps*.

En la senda de clásicos como *Yo, Claudio* de Robert Graves y *El hijo de César* de John Williams, estamos ante una novela sobre una época muy atractiva y con personajes que ya son como de «nuestra» familia.



¿Sabías que la ilustración de la cubierta es una obra de arte analógico, sin rastro de IA? Ha sido creada por el artista gallego Pablo Outeiral, portadista habitual de las revistas de Desperta Ferro. Disfrútala y recrea en sus detalles.

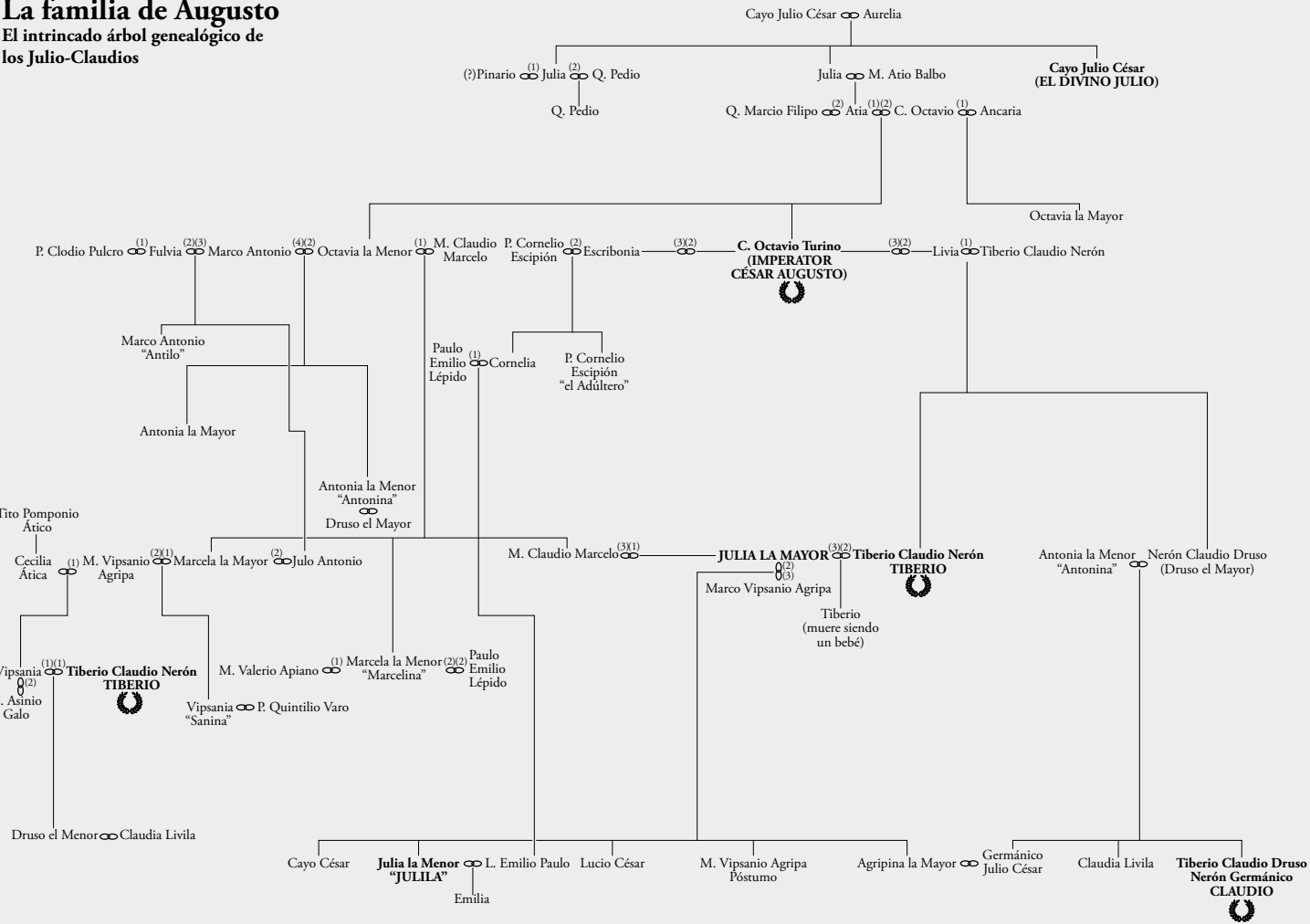




EL CONTEXTO HISTÓRICO

La familia de Augusto

El intrincado árbol genealógico de los Julio-Claudios



Augusto, el primer «emperador»

En enero de 27 a. C. se culminaba un largo período de cambios en una República romana que, tras el asesinato de César en marzo de 44 a. C. –unos años antes, de hecho– ya dejó de existir, *de facto*, como tal. Cayo Julio César Octaviano, el nombre que recibió el sobrino-nieto de César tras ser adoptado por este mediante testamento, y que ya a mediados de los años 30 a. C. había asumido un nombre/título más formal como Imperator César, Hijo del Divino [César], recibió el título de Augusto –el Reverenciado, por traducirlo en alguna de sus formas–, que pasó a ser también su nombre: Imperator César Augusto, Hijo del Divino, aunque esto último poco a poco dejó de ser utilizado a medida que el ejemplo cesariano ya no resultaba necesario reivindicar constantemente como durante el período del –mal llamado– «Segundo» Triunvirato.

Fue la guinda del pastel que días antes el ahora Augusto había presentado en el Senado, al renunciar a todos sus poderes y anunciar que se retiraba a la vida privada, como un romano más. Los senadores, dentro de una farsa muy bien orquestada, clamaron que no, el heredero de César se hizo de rogar y se llegó a un «acuerdo»: recibiría un poder proconsular *maius*, es decir, mayor que el del resto de los gobernadores, en una

extensa provincia (Galia, Hispania y Siria, a grandes rasgos), aquella en la que estaba el grueso si no casi todas las legiones, y por un período de diez años, renovable. A ello se añadía la potestad tribunicia o el poder de los tribunos de la plebe que ejercía sin necesidad del cargo –como patricio, aunque fuera por adopción, no podía ser tribuno de la plebe–, que le permitía legislar y convocar al Senado y las asambleas del pueblo romano, y el cargo más que honorífico de *princeps Senatus*, a modo de «presidencia» de esta cámara, lo cual le convertía ser «el primero de los ciudadanos».

Formalmente, Augusto respetaba la autoridad del Senado, se seguían convocando a las asambleas para elegir magistrados y votar leyes, pero en todo, menos en el nombre, la República romana de unas décadas anteriores ya no existía. Se mantenía la ficción, se asumía que el Hijo del Divino [César] la había «restaurado» después la larga década y media de guerras civiles, se procuraba olvidar el período triunviral y a rivales como Marco Antonio, y se confiaba en el papel de Augusto como el «supervisor» de un régimen republicano que se hacía ver que seguía funcionando. Pero Augusto acumuló consulados año tras año, mantenía el control de la mayoría de las legiones, decidía qué guerras –fuera de Roma, pues dentro se proclamaba

una *pax romana*–, imponía sus candidatos en las elecciones a magistraturas y controlaba los principales colegios sacerdotales. Su enfermedad en el año 23 a. C., que casi lo llevó a la tumba, obligó a cambios cosméticos en el gobierno de la «República», ante un ruido de sables que no llegó a nada, y Augusto, bien secundado por su fiel general Agripa y su consejero Mecenas, se mantuvo en el poder con firmeza, asumiendo más tarde títulos honoríficos como *pater patriae* («padre de la patria»), y ya no lo dejaría hasta su muerte en 14 d. C.

La familia imperial, ejemplo público

Prácticamente desde que recibió la herencia y el nombre de su tío abuelo César, el joven Octaviano y después Augusto, como todo *paterfamilias*, ejerció un control absoluto sobre los miembros de su familia. Se casó tres veces: primero con Claudia, hija de Fulvia, casada entonces con Marco Antonio, y de la que se divorció pronto afirmando no haberla «tocado»; después con Escribonia, de una familia aliada de Sexto Pompeyo –el hijo de Pompeyo Magno y quien tantos problemas le dio hasta el año 36 a. C.–, de quien tuvo a Julia, repudiándola inmediatamente; y, por último, con Livia Drusila, Livia, perteneciente a una de las principales familias patricias, de quien se «prendó» estando ella embarazada de un enemigo político y con la que se casó casi al instante. Este tercer matrimonio no tuvo hijos, por lo que Julia fue una pieza fundamental en su política de alianzas políticas, como sucedía habitualmente entre la élite romana.

Pero no solo Julia fue un peón en el juego político de Augusto. Los hijos e hijas de su hermana Octavia la Menor, fruto de dos matrimonios (con Marco Claudio Marcelo y Marco Antonio), también fueron utilizados a conveniencia: Marcela la Mayor, por ejemplo, se casó con Marco Vipsanio Agripa, su brazo derecho; y Marcelo con su propia hija Julia. Ambos eran jóvenes –Marcelo nació en 42 a. C. y Julia en 39 a. C.– y se esperaba de ellos que darían hijos varones que heredasen mucho más que la fortuna de Augusto; Marcelo, incluso, recibió honores muy por encima de su edad y se le veía como un «sucesor» de Augusto en el poder; a la hora de la verdad, cuando el *princeps* enfermó de gravedad en 23 a. C., su anillo y disposiciones testamentarias quedaron en manos del más experimentado Agripa. También las hijas de Octavia con Antonio, las dos Antonias, se utilizaron para convenientes matrimonios; la menor (Antonina en la novela) fue casada con Druso el Mayor, el hijo que Livia tuvo de su primer marido cuando casó con Octaviano/Augusto, y de ese matrimonio nacieron el idolatrado Germánico y el «tullido» Claudio, futuro emperador, además de una niña, Livila.

A la muerte de Marcelo, también en 23 a. C., y tras el preceptivo luto, Julia, de 17 años, fue casada con Agripa, de la edad de su padre –sobre todo, para mantener la lealtad del general–, y de ese matrimonio hubo cinco hijos: Cayo, Julia la Menor (nuestra Julila), Lucio,

Agripina y un niño, Póstumo, que Agripa no llegó a conocer (murió en 12 a. C.). Los chicos mayores fueron adoptados por el propio Augusto, dejando a Agripa sin un heredero, hasta el nacimiento del pequeño Póstumo, que no llegó a conocer. Todos, incluidos los hijos de Livia, Tiberio y Druso, y sobre todo las chicas, fueron peones de una familia que debía dar ejemplo en todo: ello, ya fuera en un servicio militar y político (siempre al servicio de Augusto y de Roma); y ellas casadas con otros miembros de la familia o con aliados políticos de Augusto que convenía mantener cerca. Una moral tradicional, llevando incluso al mantra propagandístico de que las mujeres de la familia tejieran la ropa, como en los viejos tiempos republicanos, y un servicio en todo aquello que Augusto (y Livia) consideraran menester, mantenía a estas mujeres –esposas de alguien e la familia o de fuera, nunca protagonistas de sus propias vidas– en el rol que les tocaba. La propia Julia, viuda de Agripa a los 27 años, siguió siendo un peón de la política de su padre, casada ahora con Tiberio (a quien se obligó a divorciarse de su primera esposa, hija de Agripa), en un tercer y aciago matrimonio que no acabó bien para ninguno de los dos. En última instancia, como se repite a lo largo de la novela, «familia, trabajo y virtud»

La moral «recuperada» y las leyes de adulterio del *princeps*

Con la «restauración» de la República tras el período de las guerras civiles, y asumido el título de Augusto, de reminiscencias claramente religiosas –el Reverenciado, como decíamos antes–, el *princeps* se propuso también recuperar los valores tradicionales y religiosos de la sociedad romana. Empezó por la reconstrucción de diversos templos que no se habían podido restaurar desde hacía tiempo –«en mi quinto consulado [29 a. C.], bajo la autoridad del Senado, reparé en Roma ochenta y dos templos, sin dejar en el descuido a ninguno que por entonces lo necesitara», dirá en sus memorias–, y emprendió la construcción de otros nuevos –los del Divino César, Apolo, Vesta y Marte Vengador, por ejemplo– que en algunos casos tardaron décadas en ser finalizados. Esto en cierto modo se contradecía con la erección de un mausoleo privado pero con exposición pública, a imitación de ejemplos del Oriente helenístico, en el que serían ubicadas sus cenizas y las de los miembros de su familia al morir. [Nota: las dos Julias, protagonistas de esta novela, no tuvieron ese honor.] Ciertamente es que ejemplos como las tumba de los Escipiones y de Cecilia Ática en la vía Apia ya marcaron cambios en esos valores tradicionales desde hacía un tiempo.

Antes de asumir el pontificado máximo en 12 a. C., Augusto ejerció la *cura morae*, una especie de censura que sustituyó esta magistratura republicana durante un tiempo, así como presidió los colegios de pontífices, augures y *quindecenviri sacris faciundis*, entre otros colegios religiosos. La poesía se puso al servi-

cio del régimen: Virgilio, con la *Eneida*, estableció –de hecho, inventó en su mayor parte a partir de leyendas previas– una relación entre pasado troyano y presente romano, entre la diosa Venus, madre del «pío Eneas», y Augusto y su Roma dorada, restaurada; y Horacio, que participó en los actos de los *Ludi Saeculares* –el festival religioso que Augusto se sacó de la chistera en 17 a. C. para inaugurar un nuevo siglo dorado–, con la redacción y lectura del *Carmen Saeculare* o *Canto Secular*, que elogiaba la austeridad, la moderación, la sobriedad y la religiosidad, valores que Catón el Censor hubiera aplaudido un siglo y medio antes, pero que en el caso de Augusto sonaban forzados.

Todo ello se intensificó con un programa legislativo de regeneración moral, las *leges Iuliae* o leyes Julias del año 18 a. C., que trataban de consolidar el matrimonio y perseguían explícitamente el adulterio; casi treinta años después se reforzaron con la *lex Papia Poppaea* del 9 d.C. que prohibían el matrimonio entre senadores y libertas y fomentaba una natalidad que desde el régimen se percibía que menguaba. Ahora un asunto privado, el adulterio, se convertía en delito público y se castigaba con duras penas, incluido el destierro. Las dos Julias, madre e hija, serían acusadas de este delito, el de adulterio, y condenadas a un confinamiento en sendos islotes, bajo vigilancia «policial» y sufriendo privaciones, respectivamente en 2 a. C. y 8 d. C.; especialmente Julia sufrió el oprobio público, acusada de innumerables actos de adulterio, incluso en lugares públicos como los *Rostra* o tribunas del Foro Romano. No dejaría de llamar la atención entre los coetáneos la hipocresía de un Augusto que, en su juventud se deleitaba en acostarse con esposas de senadores y que se casó con una mujer embarazada (Livia), forzando el divorcio de su primer marido. Esta moral, ahora pública, se emparejó con una nueva «Historia Oficial» en la que el propio Augusto era escritor y protagonista cuando no juez y hasta verdugo.

Julia y Julila, dos «desconocidas» en la familia imperial

De Julia o Julia la Mayor (39 a. C.-14 d. C.) y Julila o Julia la Menor (19 a. C.- ca. 29 d. C.), hija y nieta de Augusto, sabemos bastantes menos que de otros miembros de su familia; especialmente de la Menor. Sobre ambas pesa el estigma del adulterio y el escarnio público que, sacando a la luz asuntos estrictamente privados, el régimen de Augusto cargó sobre ambas. En el caso de la Mayor, probablemente el lector tenga en su memoria aquella escena del tercer episodio de la serie *Yo, Claudio* (BBC: 1976) en la que, tras «enterarse» del escándalo de su hija, Augusto (Brian Blessed) se encierra en su despacho y, con la cabeza tapada con la toga, trata de no escuchar los gritos y golpes contra la puerta de Julia (Frances White), a la que ha condenado al destierro. «Estoy arrepentida», clama ella en un momento dado. La cosa era más complicada, claro.

Si ya las fuentes son parcas en algunos detalles, en general, en el caso de mujeres como Julia y Julila los datos son más escasos y además sesgados: ambas son culpables de adulterio, en el caso de Julia con diversos amantes, en el de Julia con Décimo Junio Silano. Pero también se menciona que también se las acusó de traición; contra el *princeps*, claro. En el caso de Julia, sus relaciones «públicas» –es decir, políticas– con varios senadores, entre ellos Julo Antonio, hijo de Marco Antonio (en la novela se trata la relación amorosa entre ambos), y tras separarse de su tercer marido, Tiberio –que tampoco estaba en buenas relaciones con Augusto en ese momento, habiéndose «retirado» a Rodas–, contra quien es probable que todos ellos también «conspiraran», despertaron las suspicacias de Augusto y causaron el arresto y la condena sin juicio de todos ellos en 2 a. C., acusados también de adulterio según las leyes Julias de 18 a. C. Julia fue recluida con severidad en la isla de Pandataria, en el golfo de Nápoles, y posteriormente trasladada en un régimen algo más liviano a Regio, en la punta de la bota italiana, de donde ya no salió.

En cuanto a Julila, el pretexto de su condena al destierro a la isla Trimerio, en el mar Adriático, fue el adulterio con Silano. Pero esto enmascara su participación en otra conjura política contra Augusto, llevada a cabo por su marido, Lucio Emilio Paulo, y destapada en 8 d. C. Paulo y otros conspiradores fueron ejecutados y Julia condenada al destierro; embarazada, probablemente de Silano, no se le permitió quedarse con el bebé al nacer, que fue expuesto. En esta conjura pudo participar el poeta Ovidio, a quien Augusto condenó al destierro en Tomis (la actual Constanza, en Rumania), a orillas del mar Negro; el poeta escribiría después que su culpa fue *carmen et error*, «un poema y un error»: el poema sería el *Arte de amar*, que Augusto consideraba inmoral, y el error quizá su participación en esa conjura, aunque es un tema que se ha discutido largamente entre los historiadores y filólogos. Sea como fuere, Julia y Julila pagaron con el destierro por no amoldarse a las leyes morales de su padre y abuelo... o esa es la «Historia Oficial».

El problema de la «sucesión» imperial

Uno de los problemas del Principado de Augusto, quizá el principal, es que, aun manteniendo la ficción de una «restauración» republicana, no dejaba de ser una monarquía encubierta; y toda una monarquía se preocupa por la transmisión del poder, la sucesión. Augusto –que ya en un principio barajó recibir el nombre de Rómulo, pero que le desaconsejaron no hacerlo por su intrínseca mención de la monarquía– no tuvo hijos varones, por lo que debió buscar la manera de hallar uno que heredase, si no el poder imperial de una manera formal –más adelante se olvidaron estos pruritos–, sí *de facto* el título de Augusto y su fortuna; los poderes serían entregados a su sucesor del mismo modo que

los recibió él: por un plazo siempre renovable y a la postre permanente.

Su sobrino Marcelo fue una primera opción y lo casó con su hija Julia. Pero el muchacho era demasiado joven para ser considerado un «sucesor» en caso de la muerte de un Augusto siempre aquejado de una mala salud de hierro, y se confió más en el fiel Agripa, aunque eso generó la inquina con Marcelo. A la muerte de este, en 23 a. C., Augusto casó a su hija viuda con Agripa, como mencionamos, y acabó por adaptar a los dos hijos varones que tuvieron antes de la muerte del general. Cayo César (20 a. C.-4 d. C.) y Lucio César (17 a. C.-2 d. C.) fueron preparados para ser los «sucesores», incluso se les designó con el título oficioso de *Principes Iuventutis*, adalides de una juventud que nunca abandonaron. Al fallecer Cayo, Augusto, con el dramatismo al que a menudo se abandonaba – *quoniam atrox fortuna Gaium et Lucium filios mihi eripuir*, «puesto que la atroz fortuna me ha arrebatado a mis hijos Cayo y Lucio»–, adoptó a Tiberio, el hijo de Livia y su ex yerno, y al último de los hijos de Agripa, su nieto Marco Vipsanio Agripa Póstumo.

Póstumo tiene relevancia en la novela: nacido después de la muerte de su padre, parece, según las fuentes, que era de carácter irascible e incluso violento. Como hijo adoptivo de Augusto, y bajo el nuevo nombre de Agripa Julio César, apenas gozó de este estatus durante dos años: en torno a 6 o 7 d. C., y a causa de su creciente carácter violento, Póstumo fue recluido en su finca de Surrento, cerca de Pompeya, y hacia el 8 se le desterró permanentemente al islote de Planasia, cerca de Córcega. Ya desposeído de su nuevo nombre, «expulsado» de la gens Julia, volvió a ser un Vipsanio Agripa, relegado y, a la muerte de Augusto, ejecutado con la aquiescencia del nuevo *princeps*, Tiberio.

El «juego de ladrones»

En la novela es reiterativa, sobre todo en boca de Julila, la mención al *ludus latrunculorum*, «juego de ladrones»: un juego de mesa, con tablero y fichas, que en cierto modo evoca a las damas o al ajedrez por el componente de juego táctico. No está del todo claro cuántas casillas tenía un tablero ni cuántas piezas, aunque se sabe que era un juego para dos jugadores enfrentados entre sí, con una serie de fichas a modo de «soldados» y una figura, el *dux*, que, a modo de reina del ajedrez era la más importante: la captura del dux por parte del otro jugador o el hecho de bloquear a las



fichas del rival ponía fin a la partida. Como menciona Julila a menudo en la novela, «unas fichas comiendo a otras y desapareciendo del tablero del juego de ladrones: una tras otra, hasta que solo queda... una».

La metáfora del «juego de ladrones» como una lucha en el propio seno de la familia de Augusto, en particular de Julila contra Livia, de manera muy subrepticia, es constante a lo largo de la novela, y recordada explícitamente por la protagonista. Una lucha que no se circunscribe solamente a la protagonista, sino que se traslada también a la pugna entre Marcelo y Agripa, Julia y Tiberio (o Tiberio y los hijos mayores de esta, Cayo y Lucio), y, en última instancia, Julia contra su propio padre Augusto o el régimen augusteo (Livia incluida) que tanto la constriñe. Más tarde, Julila jugará al «juego de ladrones» para descubrir qué pasó con su madre, lo que significará enfrentarse también a todo lo que significa el poder de Augusto (y Livia).

DRAMATIS PERSONAE



Julila (Julia la Menor)

Protagonista de la novela, al inicio de la misma ya tiene 23 años y quiere saber qué pasó con su madre Julia, desterrada a una isla a causa de una condena por adulterio (sin juicio) y a quien no defendió cuando era adolescente. A medida que indaga entre primas y medio-hermanas, así como contrata a su propio investigador privado (Epicado), Julila se dará cuenta de que

su madre fue víctima de la represión moral y política de su abuelo Augusto. Recuerda con cariño a su padre Agripa, quien en su lecho de muerte le pidió que cuidara de Póstumo, el último de sus hermanos y a quien aquel no vio nacer. Su participación en el «juego de ladrones» tendrá sus riesgos y Julila los asumirá plenamente.



Julia (Julia la Mayor)

La otra protagonista de la novela, casi siempre recordada por los demás, es Julia. Hija única de Augusto, de su matrimonio con Escribonia, sería la princesa de Roma si esta fuera una monarquía... cosa que esta es, en última instancia. Julia nunca pudo decidir qué hacer con su vida y con quién casarse; sus tres maridos –su primo Marcelo, Agripa, el fiel colaborador de su padre, y

Tiberio, con quien se ve forzada a casarse tras fallecer Agripa–; ni ha podido evitar que sus hijos Cayo y Lucio sean arrancados de su hogar para ser adoptados por su padre (y abuelo de los niños) Augusto. Encuentra en Julo Antonio el amor que ha podido elegir por sí misma, pero ambos pagarán por decidir ser «libres» en el régimen augusteo.



Augusto

Cayo Octavio de nacimiento, Cayo Julio César Octaviano por adopción y el Imperator César Augusto, Hijo del Divino [César] tras vencer a sus rivales, es el amo de Roma, aunque se «conforma» con ser el *princeps*, el primero de los senadores (y los ciudadanos). Es el gran ausente como personaje activo en la novela, pues apenas aparece, pero siempre está presente y en boca de

los demás. Escribe la Historia Oficial y maneja la propaganda con maestría: Roma serán como él decida y eso vale para todo, incluidos los miembros de su familia, peones de su «juego de ladrones» para gobernar y dejar un legado perdurable.

Cayo Asinio Epicado

Liberto de la familia de Vipsania y de su segundo marido, Cayo Asinio Galo, es un personaje bastante pagado de sí mismo, pero un lince a la hora de investigar. Vipsania lo recomienda a Julia, que lo utilizará para indagar sobre algunos de los personajes damnificados en el destierro de Julia, como su antigua esclava y confidente Febe.



Livia

Tercera esposa de Augusto y su confidente, es la persona –y la voz– más cercana a Augusto. Impone a rajatabla el lema de su marido –«Familia, trabajo y virtud»–, que se convierte en el eslogan de cómo deben comportarse los miembros de la familia imperial. Puño de hierro con guante de terciopelo, mantiene con Julila una relación cercana –es su favorita de los nietos de Augusto– y se preocupará por su futuro. Madre de Tiberio y Druso el Mayor, logrará que sus hijos estén bien casados en el seno de la familia de Augusto y moverá al primero en su particular juego de ladrones.



Marco Vipsanio Agripa

Amigo suyo desde la juventud, es el brazo derecho de Augusto –con permiso de Mecenas– como general, almirante y político, y forma parte de su familia desde hace tiempo: su segunda esposa fue Marcela la Mayor, sobrina de Augusto; y la tercera fue Julia, hija única del príncipe, con quien tuvo cinco hijos: Cayo, Julila, Lucio, Agripina y Póstumo, nacido después de su muerte (de ahí

su nombre). Permitió y se complació con que Augusto adoptara como hijos a Cayo y Lucio, aunque eso lo dejó sin aparente heredero. Fuerte y cariñoso, Julila es su hija preferida y le encomendará velar por el futuro del hijo que no llegó a conocer y que será su heredero. Póstumo.



Póstumo

Marco Vipsanio Agripa Póstumo es su nombre completo y siempre considerará que nació tarde y que a todo llegó tarde. Apenas recuerda a su madre, exiliada, y echa de menos a sus hermanos Cayo y Lucio, muertos en la juventud. Julila ha cuidado de él, pero a medida que entra en la adolescencia empezará a estar resentido con todos: con Augusto, que no le concede la herencia de su

padre y tarda en adoptarle –durante un breve tiempo será llamado Agripa Julio César–; con Livia, una madrastra que no soporta, e incluso con Julila, que le ata corto. Entregado al desenfreno de fiestas de alcohol y drogas, no conseguirá ser como su padre, un nuevo Neptuno.

Lucio Emilio Paulo

Esposo de Julia, también su medio primo-hermano –Escribonia, segunda esposa de Augusto, es la abuela de ambos–, la protege pero también tiene sus propias ambiciones políticas. Con Julila ha tenido una hija, Emilia, pero echa en falta –y le echa en cara– no haber tenido un hijo, un heredero de su nombre. A medida que Julila avance en su investigación, Paulo moverá sus hilos alrededor de Póstumo, nieto e hijo adoptivo del *princeps*, para apartar a Tiberio de la línea sucesoria.



Tiberio Claudio Nerón

El futuro emperador Tiberio, es hijo de Livia, que vela por sus intereses. Considera que Augusto siempre lo ha infravalorado –aunque lo necesite y utilice en las guerras contra los germanos y los panonios en la línea Rin-Danubio– y preterido frente a Marcelo, Agripa o Cayo César. Casado felizmente con Vipsania, se vio obligado a divorciarse para casarse con Julia, viuda de

Agripa y madre de cinco hijos. Rencoroso con Julia, a la que culpa de la muerte del pequeño hijo de ambos, cuando asuma la púrpura imperial no hará nada por librarla de su destierro.

Publio Ovidio Nasón

El poeta del *Arte de amar* y los *Amores*, también de las *Metamorfosis* y las *Heroidas*, mantuvo con Julia una buena amistad en el pasado y es cercano a la hija de esta. Precisamente, Julila querrá saber cómo fue su relación con Julia y los miembros del círculo literario y político que acabaron por «conspirar» contra Augusto. Pero aunque Ovidio, hábil con la pluma e incisivo con la lengua, no tiene estómago para la política y acabará pagando su «participación» con un alejado destierro. Corina, la mujer a la que dedica sus versos, será alguien muy importante en su vida... y en la conjura.

Marcelina, Vipsania y Sanina

Prima y medio hermanas de Julila, son tres de las personas con quienes esta, ya sea en persona o mediante carta, mantiene conversaciones para intentar conocer mejor a su madre Julia. Marcelina fue íntima amiga de infancia de Julia, Vipsania fue la primera esposa de Tiberio –obligados a divorciarse para que este se casara con Julia– y Sanina, hija de un anterior matrimonio de Agripa, se crio con Julia cuando ambas eran pequeñas. Las tres, pues, tienen recuerdos de Julia y ayudan a Julila a saber qué pudo pasar con ella.



ENTREVISTA A LA AUTORA

Entrevistamos a Sandra Parente, autora de *Las máscaras de Julia*, la primera que publica con Desperta Ferro. Licenciada en Historia y arqueología, *Las máscaras de Julia* es su segunda novela, tras el *El rey de Nemi* (2017), con la que ganó los Premios Hislibris a Mejor Novela Histórica y Mejor Autor Novel.

Tu primera novela, *El rey de Nemi*, presenta un «juicio» al emperador Cayo César, conocido como Calígula. ¿Quizá ya te picó entonces el gusanillo de los julios-claudios o ese venía de fábrica?

De fábrica no creo, de hecho, cuando me licencié en Historia, me dediqué a investigar un tema como la esclavitud en el mundo romano y a la arqueología en lo profesional. Nada que ver. Pero es cierto que los Julio Claudio son tremendamente atractivos tanto en su faceta política como humana. Se ha escrito mucho sobre

ellos en novela, pero curiosamente casi siempre se han repetido, una y otra vez, los mismos tópicos, con lecturas muy literales de las fuentes clásicas. Sin embargo, se ha trabajado mucho en los últimos 30 o 40 años en lo que a investigación histórica se refiere alrededor de esta familia. Y esos avances, pocas veces se reflejan en el mundo de la novela. Supongo que puede ser interesante visitar todas esas figuras desde otro prisma, con otra luz.

«Se ha escrito mucho sobre los Julio Claudio en novela, pero curiosamente casi siempre se han repetido, una y otra vez, los mismos tópicos, con lecturas muy literales de las fuentes clásicas.»

***Las máscaras de Julia* transcurre en diversas líneas temporales: por un lado, el presente,**

con Julila indagando sobre lo que sucedió con su madre Julia; y en flashbacks a diversos momentos del pasado, y en los que diversos personajes recuerdan cómo era Julia y qué pasó. ¿Qué desafíos te encontraste a la hora de plantear la estructura? Es una novela coral, con diferentes narradores e incluso tonos. Hay diálogos francos, otros no tanto, escenas fes-

tivas. Hay discursos en el senado, cartas, informes, recuerdos. He buscado que todo encajara como en un mosaico en el que se van juntando piezas.

En este caso, vamos indagando y reconstruyendo ese mosaico de la mano de Julia la menor, Julila en la novela. Lo más complejo para mí fue dotar a cada narrador de voz propia, de una forma particular de hablar que lo hiciera único y diferente de los demás. Cada cual tiene su estilo y su forma de escribir y, en este caso, tuve que variarlo, adoptando formas que no siempre me eran naturales, aunque tenían que sonar como tal. Luego, además, hay que encajar todo buscando que fluya. Que encaje y, sobre todo, que sea fácil para el lector, porque al final se trata de eso también.

Casi todos los personajes de la novela son históricos y de muchos de ellos tenemos bastantes datos; pero de todos, especialmente los femeninos –con la excepción de Livia, quizá– sabemos más bien poco. ¿Ha supuesto, quizá, un hándicap para construir tu novela?

Sabemos poco y sabemos más de lo que creemos a la vez. Para eso está el trabajo que han hecho muchos historiadores a lo largo de los años que nos permite ver más allá de lo que nos plantean las fuentes clásicas: confrontarlas entre sí, interpretar los silencios u omisiones, entender que una de nuestras fuentes se escribió con tal o cual perspectiva, relacionarlas entre sí y con lo que nos ofrece la arqueología a través de las inscripciones, la numismática o, incluso, mediante restos estructurales (como varias villas que pertenecieron a Agripa y, por lo tanto, también a Julia). Por otro lado, conocemos muchos detalles de la vida de los maridos de Julia, por ejemplo y sabemos en qué ambientes se solían mover nuestras protagonistas y, en algunos casos, con quienes. También, sabemos a lo que estaba atada una mujer en época romana en general, su educación, sus obligaciones, sus posibilidades sociales.

Todo esto, es lo que nos aporta la investigación histórica. Hay veces en los que existe cierto consenso y otras, como ocurre a menudo alrededor de ambas Julias, diversas hipótesis históricas, algunas muy próximas entre sí. Ese, a decir verdad, es un espacio muy cómodo para la ficción. De alguna forma, es algo con lo que quise jugar en esta novela a través de esas diferentes voces que narran la historia, cada uno con su propia visión de las personas y

«Quise jugar en esta novela a través de esas diferentes voces que narran la historia, cada uno con su propia visión de las personas y los hechos.»

los hechos que, a veces, incluso, me permiten desarrollar más de una teoría a la vez. Y es que considero que hay un elemento clave: la subjetividad. No hay una verdad, sino verdades. La verdad de cada uno de los personajes.

Augusto, en particular, es un gran personaje histórico, pero aquí, aunque ubicuo, resulta distante y apenas aparece por sí mismo; siempre está en boca o en el recuerdo de los demás personajes. Pero no es un mero convidado de piedra. ¿Tenías claro desde el principio que «tu» Augusto sería así?

Volvemos a este juego de perspectivas. Me parecía más interesante que siempre nos hablaran de él a través de terceros, tanto para bien como para mal. Augusto es un personaje tremendo, contradictorio. Él mismo utilizaba la efigie de una esfinge en alguno de sus sellos. La esfinge es un enigma y el hecho de que no lo veamos directamente, es una forma de jugar con ese enigma y de ir creando una expectativa, un ambiente a su alrededor.

A lo largo de la novela hay diversos leitmotivs que se repiten, como el lema «familia, trabajo y virtud». Es probable que haya lectores que les vengán a la cabeza otros lemas más modernos como «crear, obedecer, combatir» del fascismo italiano u otros similares. Hay mucho de «dictatorial» en todo ello, ¿es algo buscado o fue surgiendo a medida que escribías?

O ... «familia, trabajo y patria» del régimen de Vichy, en Francia en el que, claramente me inspiré. Es una referencia buscada, sí, para crear una ambientación algo más opresiva por momentos. Hablaba al principio de la entrevista de ideas preconcebidas alrededor de la familia Julia Claudia y, al igual que se han vilipendiado en exceso algunos de sus integrantes, hay una idealización sistemática del régimen augusteo. El historiador Ronald Syme, influido claramente por el contexto histórico en el que escribió, estableció paralelismos con el régimen fascista de Mussolini, hasta el extremo de otorgarle a quien era aún Octaviano (Augusto) el título de Dux, al igual que Mussolini. La realidad es que, tras los muchos años de guerras civiles, Octaviano dijo haber reinstaurado la República, aun-

que lo que hizo fue poner las bases a otra cosa, diferente, un nuevo régimen de corte autocrático. Octaviano disfrazó lo que hizo y se apoyó en una enorme labor propagan-

«Augusto juega con el mito de la decadencia y de la necesidad de recuperar unos valores que se han perdido y que convierten la instauración de su régimen en necesario.»

dística. Jugó con algunos elementos que tomarían siglos más tarde los regímenes fascistas, como por ejemplo el mito del renacimiento que glorifica la recuperación de un pasado idealizado o la edad de oro a través de una idea de la Historia que culmina en el nuevo régimen instaurado. Un régimen que también juega con el mito de la decadencia y de la necesidad de recuperar unos valores que se han perdido y que convierten la instauración de dicho régimen en necesario. El régimen augusteo recupera el *mos maiorum*, las costumbres de los antepasados, limita el lujo, legisla acerca de la moral, el matrimonio, el adulterio, hasta la vestimenta en el foro; impone sus ideas y se lleva por delante a sus opositores. Existe casi un culto a la personalidad de un hombre que además de ir acumulando poder, se convierte, incluso, en el hijo adoptivo de un dios, pues promovió la divinización de su padre adoptivo, Julio César.

De hecho, la propaganda de Augusto ha funcionado tan bien que, hasta nuestros días, ha llegado una imagen de su gobierno idealizada como un periodo de paz y prosperidad plena. Durante el gobierno de Augusto claro que el imperio se expandió y que Roma fue renovada y fue adquiriendo la imagen que tenemos de ella, pero hubo diferentes guerras, incluso un momento de duda para la integridad de Roma con la crisis de Iliria. Hubo hasta importantes hambrunas y epidemias que conllevaron revueltas populares. No todo fue tan perfecto como se cree y también por ello hubo oposición.

Otro leitmotiv es el «juego de ladrones», una metáfora en sí misma de la novela. ¿Qué riesgos supone para los personajes jugar a un juego que se parece al ajedrez y que quizá pocos lectores conozcan?

Es un juego de tablero de época romana cuyas reglas exactas no están claras, pues nos han llegado solo algunas y muy fragmentadas. Podemos hacer un paralelismo con un juego que estaría entre las damas y el ajedrez. En el caso de la novela, se usa esta metáfora del juego por la lucha de poder en lo que respecta a la sucesión a Augusto principalmente entre la facción Claudia, los descendientes de Livia y la Julia, los de Augusto, en verdad, los descen-

dientes de su hija única, Julia, una de las dos protagonistas de la novela. Aunque claro, por otro lado, no es una sucesión tal como la entendemos ahora, pues recordemos que Augusto mantuvo un barniz de República.

La historia del período de Augusto es muy conocida gracias a novelas y series de televisión como *Yo, Claudio* de Robert Graves. Desde luego, tu novela no se parece en nada a lo que escribió el autor británico. Por ejemplo, Livia, ¿cómo querías presentarla para diferenciarla del ya icono literario y televisivo?

Se conoce cierta parte del periodo de Augusto y, sobre todo, se suele incidir siempre en los mismos tópicos. La Livia de Graves bebe directamente de la Livia del historiador romano Tácito. Y la Livia de Tácito viene a ser un compendio de tópicos negativos presentes ya en la literatura griega acerca de las mujeres. Esos tópicos expresan que la naturaleza femenina no acepta el control de la razón, sino que actúa por instinto. Ello implica una debilidad moral, una falta de equilibrio y sentido de la medida. Y a través de ese tópico se atacó a cualquier mujer en general, a lo largo de la antigüedad, sea por una falta de control sexual (como en el caso de ambas Julias) y en Livia, como en otras mujeres, esa incapacidad de autocontrol se manifiesta supuestamente en su ambición por el poder: una ambición sin freno y desmedida. Y es que, en Tácito, incluso sus virtudes son juzgadas como meras manifestaciones de su astucia. La Livia que todos conocemos a través de Graves y que me resulta

tan magnífica como inolvidable de la mano de la maravillosa Siân Phillips en la serie televisiva, es una verdadera asesina en serie. Por mi parte, busqué, como por ejemplo había hecho con Calígula en mi primera novela, humanizar al personaje. Y cuando hablo de humanizar, planteo a un ser con grises, matices y aristas. Mi Livia bebe de las fuentes, evidentemente. Es una mujer que gusta de tener todo bajo control, de defender su posición, que aprecia con sinceridad a una de las protagonistas, Julia la menor, pero también, aunque desee mantenerse fuerte, es una mujer que quiere, que ama, una mujer que ha sufrido un aborto que no le permitió tener más hijos y que también ha padecido por la pérdida de su

hijo, Druso. Para sobrellevarlo, se sabe por ejemplo, que Livia habló con un filósofo, como hoy en día podemos acudir a un psicólogo en busca de ayuda. Así que le otorgaba importancia a su salud mental, pero también era una mujer que, tal como se sabe, cuidaba de su salud y su alimentación, seguidora de un maestro de la vida sana de entonces como era Asclépiades de Prusa y que tomaba su copita diaria de vino, a la que le atribuía su buena salud: una Livia humana.

¿Cómo ha influido tu formación y especialización como arqueóloga en la construcción de la cultura material que «ambienta» tu novela?

He estado trabajando en arqueología durante al menos veinte años. Evidentemente, mis compañeros se ríen al ver que describo un vaso del siglo I en manos de un personaje porque busco la correcta tipología. ¡Ah mira un vaso de costillas! Me han dicho comentando la anterior novela. Pero tampoco me estreso con eso, ni centra todo en la novela. Prefiero otorgarle más peso a los personajes, a la trama, pero... es cierto que busco que la cultura material sea correcta. Solo faltaría, ¿no? La tela adecuada, el tipo de cerámica, de vidrio, el mosaico, el fresco, hasta la madera correcta. Supongo que es un defecto profesional.

Abundando en lo que ya es un meme de las redes sociales, ¿piensas todo el día en el Imperio romano? Y si lo hicieras, ¿en qué estarías pensando en particular?

«En esta novela otorgado peso a los personajes, a la trama, pero es cierto que como arqueóloga busco que la cultura material sea correcta.»

No sé si todos los días, pero sí pienso y he pensado a menudo en ellos, incluso cuando no estaban tan de moda como ahora. Supongo que dependiendo de la época de mi vida he pensado en diferentes aspectos. Excavé en necrópolis, villas, salinas o salazones romanas. Y, por otro lado, me gustan mucho los temas vinculados con la Historia social, por algo había elegido el tema de la esclavitud en su momento. En la actualidad, la realidad es que todo lo que rodea a temas de propaganda y poder político en época augustea me atrae.

Para terminar, ¿tienes pensado continuar en este período en una próxima novela o te apetece «dar el salto» a otra época y lugares?

Pues la última vez, cuando me preguntaron, decía que probablemente fuera a recorrer más la Roma de las calles, la Roma de los romanos de a pie, pero acabé tratando con las dos Julias, la hija y la nieta de Augusto. Ahora, la verdad es que sigo pensando en clave Julio Claudia, pero puede que también me vaya a unos años antes, al ocaso de la República. Lo que tengo claro es que de esta vez no quiero dejar pasar tanto tiempo entre una novela y otra.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Árbol genealógico	III	IX
Mapa de Italia	IV	Epílogo
<i>Dramatis personae</i>	V	Agradecimientos
Prólogo	VI	Posfacio: Familia, trabajo y
I	VII	virtud: entre Julias anda el juego,
II	VIII	por Patricia González Gutiérrez



DOSIER DE PRENSA

PRÓLOGO

JULILA

Todo esto empieza, o debería decir que acaba, en esta jornada fría y lluviosa. La tímida luz de la lámpara de aceite se agita delineando una nueva realidad tras la penumbra. El tiempo pasa para nosotros y nos impregna con su sombra. Antes de estar aquí, bebía del pasado y me ahogaba en el presente. Pasado, presente y futuro se entremezclaban en una ilusión que destilaba gotas de agua fluyendo por una clepsidra sin que las viera caer. Ahora me detengo en el serpenteo de una llama, en las ondulaciones de una gota de lluvia sobre el mar, en el devaneo de las olas en su ir y venir mientras recuerdo.

Recuerdos. ¿Al final todo se resume a eso? Lo que yo soy, lo que fueron mi madre, mis hermanos, Julo Antonio, Décimo y tantos otros. Incluso el abuelo, ese hombre en clave de futuro dios que muchos conocen como Augusto, otros tantos como César. Mi abuelo. Quizás, en verdad, él sea más consciente que nadie sobre la trascendencia de la memoria: tal vez él y Livia sean capaces de esculpirla como el mejor artista griego preparado para moldear una figura de perfectas proporciones para este juego que es Roma: un juego de ladrones.

Un día, cuando era niña, Livia se sentó a mi lado y me explicó sus reglas: veinte fichas frente a otras tantas, desplegadas sobre el tablero cuadrículado como

ejércitos en una guerra sin tregua ni testigos. Cada movimiento era una decisión irrevocable: unas fichas quedaban inmovilizadas, capturadas, resignadas al olvido. Y luego estaban aquellas que, al ser devoradas por el rival, desaparecían sin despedida, como si nunca hubieran ocupado su lugar en el tablero.

—Las mejores jugadas no son las que desafían abiertamente, sino las que emergen del aire, las que nadie ve venir hasta que es demasiado tarde —me dijo entonces.

Demasiado tarde...

Al nacer, descubrimos la luz del mundo. Lo empezamos a descifrar con nuestras primeras suposiciones. Lo paladeamos vislumbrando la frágil telaraña de las relaciones sociales y políticas, los desengaños, las obligaciones y las sorpresas, los colores, las texturas y los sabores. Aprendemos a amar, a soñar. Fantaseamos con cambiar ese mundo. Y entonces, como cuando acaba una obra de teatro, las máscaras se caen y somos lo que recordamos. Recuerdos.

Aún recuerdo el día en el que todo cambió. Fue como el lanzamiento de una jabalina: una herida insospechada, un golpe certero desgarrando las entrañas. Como una pieza en el juego de ladrones, que avanza con determinación, solo para descubrir, demasiado tarde, que el juego ha empezado y que no hay vuelta atrás.

I

JULILA

La mañana siguiente a la fiesta de Nasón, todo era lo mismo, pero todo era diferente. Me despertaron a la misma hora de siempre, me lavaron, vistieron, peinaron y maquillaron con la misma corrección. Tomé la misma rebanada de pan untada con miel y queso, como hacía todos los días desde hacía años y repasé con el mismo celo que todo estuviera en su lugar, que nada se saliera de la rectitud que había trazado para mí y para mi hogar. Todo debía ser perfecto en mi casa. La perfección no era un objetivo, sino una obligación. Siempre lo había sido desde que era una niña y Livia me lo explicaba y repetía:

—Roma es eterna por la virtud de nuestros antepasados y nosotros debemos marcar el camino de todos para cimentar esa eternidad. Es tu obligación deterrar la imperfección como miembro de esta familia.

Y remachaba con el lema preferido de su marido, mi abuelo: «Familia, trabajo y virtud».

—Debes ser digna de tu familia, merecedora de tu trabajo, acreedora de tu virtud. No lo olvides nunca

«Debes», «es preciso que», «tienes que», «es necesario que», «es obligatorio que», «hace falta que»... Repetido una y otra vez, hasta la saciedad. Me lo decía Livia, me lo repetían mis tutores, mis pedagogos, el abuelo...

¿Y mi madre? Mamá era diferente, siempre lo fue. Hace años que no la veo, desde que pasó Aquello. Ese Algo al que, parece ser, ahora debería poner luz. Pero ella es Aquello. Ella entera es un Misterio.

Hace años que no la escucho, que no huelo su perfume. El año pasado, un vendedor de esencias me ofreció una fragancia que olía a miel y rosas. Me quedé paralizada al acercar mi nariz y sentir su olor. Olía a mamá, pero lo había olvidado. Había borrado su aroma. En estos cinco años he olvidado incluso, algunos de los matices de su rostro, tan similar al mío según cuenta todo el mundo, y de su voz; pero ni la chispa en su mirar, ni el sonido de su risa, cantarina, demasiado sonora y alborozada, casi contagiosa, pueden ser borradas por la distancia en el tiempo y el espacio.

Mamá era afectuosa cuando tenía tiempo y estaba presente, aunque muy pocas veces estaba con nosotros. A veces, cuando se quedaba en casa, me acompa-

ñaba mientras me peinaban. Mamá hablaba, hablaba y volvía a hablar. Era un aguacero de palabras y no había donde guarecerse. Le gustaba hablar de ella, sobre todo de ella, y raramente se paraba a escuchar lo que otros comentaban. Le gustaba aconsejarme sobre la vida, el futuro, los hombres. Mamá opinaba aunque no le preguntaran y aquello me ponía nerviosa; protestaba y entonces ella se reía y me regalaba su sonrisa. Mamá. Mamá siempre fue todo y nada.

Mamá.
Era... es fuego y hielo. Tierra y aire. *Pathos y logos*, presencia y ausencia, amor y discordia. Mamá es risa y llanto, compostura y desacato, cariño y olvido. Mamá es todo, pero ya no es nada. Nada.

Esa nada es lo que me queda de ella desde aquella tarde de septiembre. Un dolor persistente en la planta de los pies, como una señal de que ella y yo seguimos vivas.

Una nada que es un zumbido desagradable detrás de la oreja, un olor a agua estancada; siempre presente, un recordatorio de lo que no debo ser, de lo que es incorrecto y amoral.

Mamá es una constante dicotomía agotadora, de la que conviene distanciarse para (sobre)vivir. Traspasa las frases, siempre soberbia, con un ancho rastro de oscuridad y de luz. Mamá era resplandor, pero es penumbra. Condenada, perdida en una isla de soledad.

Muchas veces procuro olvidarla para no sufrir.

II

MARCELINA

Casaron a Julia con prisa, con el miedo a la muerte de su padre ausente. Fue Agripa quien presidió, irónicamente, un acto dotado de una falsa festividad. Julia era incapaz de entender la ausencia de su padre en lo que presuponía como el acontecimiento más importante de su vida. La recuerdo, aún menuda, con su túnica recta, blanca y aquellos rodetes separados por cintas en el cabello, semejante al peinado de las vestales que tanto había temido. El cinturón de lana que Latona le ceñía con el famoso doble nudo, mientras sus lágrimas vulgares de esclava caían a borbotones por sus mejillas. Por encima de todo aquello, y junto a Febe, ayudé a Julia a ponerse un precioso manto de color azafrán que le regaló mi madre. Mamá decía que lo había usado cuando se casó, por primera vez, con mi padre, al que los manes protejan. Que el suyo había sido un ma-

trimonio digno y que era lo que deseaba para su único hijo varón y su querida sobrina.

Mi madre Octavia era así: tenía a veces esas extrañas supersticiones. Por eso es por lo que se negó a que Escribonia, la madre de Julia, le entregara el manto de su boda con el tío César, pues aquel matrimonio no había traído nada bueno para muchos. Y eso que, al parecer, aquel que ofrecía Escribonia era precioso, pero «traerá mala suerte», decía mamá.

¡Ay, mamá!

Estoy segura de que, cuando los amigos de Marcelo, al terminar el banquete, arrancaron a Julia de los brazos de su madre Escribonia –«Otra vez», dijeron algunos con sorna–, ella estaba muerta de miedo por dentro, pero su velo naranja impedía que pudiéramos ver su rostro. Siempre pensé que el velo naranja es el mejor regalo de la novia. Permite no tener que fingir y simplemente, por una vez, al sentirse invisible, poder ser.

IV

JULILA

Después de la visita improvisada de Vipsania, quedé primero con Póstumo para ver cómo se había resuelto lo ocurrido la noche anterior. El simulacro de caída, ese montaje de teatro y apariencias estaba funcionando, me dijo su esclavo Clemente. Póstumo, con esa mirada culpable tan propia de él, afirmaba no recordar nada de la noche anterior, como si el vacío fuera su refugio más seguro. Y yo, mientras tanto, lo observaba desde este rincón que solo me pertenece a mí, el altar de la superioridad moral, y me sentía atrapada en ese rol que no es mío, en ese lazo roto y que intento volver a coser. Porque nunca fui su madre, pero el peso que

hacerlo. Después de todo, Catón decía que a los siervos se les debía dejar de alimentar una vez agotada su utilidad. Yo nunca he compartido tal pragmatismo extremo, pero esa reflexión no era para compartir con Póstumo. No en ese momento. Quería que entendiera el peso de sus errores, que viera más allá de su propia frustración.

—Póstumo —le dije—, tienes que madurar. Sabes a qué familia perteneces. Sabes todo aquello que nos han repetido con lo de la virtud de nuestros antepasados. Puede ser difícil de entender, sobre todo a tu edad, pero todo eso significa que tienes que ser un ejemplo y lo primero es tu comportamiento. —Resoplé y, aunque me doliera, seguí adelante. No quería mostrar señales de sufrimiento—. Sé que eres el primer afectado por la muerte de Cayo, lo admirabas.

Y mientras hablaba y observaba a mi hermano pequeño, con sus rasgos que se parecían más a papá que a mamá, recordé a Cayo una vez más, como tantas veces en los últimos meses. Un fantasma que no dejaba de aparecer. Su muerte siempre estaba ahí, un latido sordo, una sombra que nunca se disipaba.

Cayo...

Nuestro hermano, con todas sus promesas, se cansó demasiado pronto del peso del poder y la intriga. Tan joven, herido de muerte por una flecha traicionera, mientras estaba en Oriente. Recuerdo sus cartas, fragmentos de un espíritu desgastado y palabras que caían como si estuviera en el otoño de su vida, con una melancolía im-

propia de sus años. Cada línea escrita era un mapa de su hastío. Hablaba de retirarse, de abandonar el eco incesante de los rumores y las luchas intestinas. Parecía que el poder era un veneno que había drenado su espíritu. Quizá, aunque tengo mis dudas, podría haberse curado en Roma, pero no llegó a tiempo. No llegó.

A veces me torturo preguntándome si fue solo una flecha lo que terminó con su vida o si detrás hubo algo más. Algo o alguien, contra él y contra Lucio, tal vez incluso contra todos nosotros. Nunca pude apartar del todo de mi mente la idea de que Roma misma hubiera conspirado contra él, como una loba que no perdona la debilidad.

—Yo también admiraba a Cayo, hermanito —dije, a pesar de todo, de mis propias dudas—. También me dolió su muerte, pero yo no soy tú. Yo soy solo una mujer.

Y mientras lo decía, pensaba que, si hubiera tenido el sexo adecuado, todo podría haber sido diferente. Podría gobernar. Podría estar muerta.

—Tú eres ahora el hombre de la familia, el único hijo vivo de papá, el único varón descendiente directo del abuelo. ¿Lo entiendes?

Él asentía, yo seguía hablando y percibía cómo su rabia desaparecía y la altura de sus hombros cambiaba. Y mientras yo continuaba, él volvía a asentir y, aunque no le puse al tanto de toda la situación por protegerlo hasta de él mismo, insistí en la importancia de que se mostrara digno a los ojos, no solo de nuestro abuelo, sino también de Livia.

V

—Muchas mujeres así lo consideran. Y en su caso, además, había tenido tres hijos varones... —Julila negó entonces con la cabeza—. Claro que nosotras no somos cualquiera. Siempre lo dices: «Familia, trabajo y virtud», y así ha de ser.

Aunque no fuera la primera vez que la escuchaba hablar de esta guisa, era demasiado perfecta para ser real en aquel momento preciso.

—Así es y tu madre, Julila, pareció no entender el papel que debía desempeñar en la gran obra de teatro que es Roma. Hasta se atrevió a decirle a su padre que estaba cansada y que no quería otro marido, ni parir más hijos. Que se había ganado el derecho a ser... ¿cómo dijo?... ah, sí, independiente. ¿Te lo puedes creer? El derecho... —murmuré, mientras giraba ligeramente la copa entre mis dedos—. Es interesante cómo usamos ese concepto, cuando creemos que es algo que nos pertenece. La ley no es igual para todos. Unos nacen esclavos y otros hijos de César. Roma decide, querida. Roma siempre ha decidido.

Cayo, ¿lo recuerdas? Julia miró siempre a mi Tiberio por encima del hombro, como si el simple hecho de ser tu hija la hiciera superior. Ah, pero si tan solo

LIVIA

Ah, Cayo mío, es admirable la capacidad de respuesta de Julila, su rapidez para reconstruirse en la conversación, para aparentar que todo está bajo control. Pero lo que más me divierte es verla convertir su debilidad en una máscara nueva, cómo consigue presentarse como la víctima de Agripina. Eso, querido, lo respeto, aunque, por supuesto, no es suficiente para engañarme. No ha habido sobresaltos ni errores evidentes, pero yo sé ver lo que otros no ven; y te diré esto: su luto ha causado que se distraiga más de lo debido.

—Curioso cómo algunas mujeres creen que pueden decidir lo que les corresponde —dije entonces, con un tono más ligero que en la conversación previa—. Tu madre, por ejemplo. Cuando tu abuelo le pidió que se casara con Tiberio, ella pensó que podía negarse. Creyó que ya había cumplido con Roma, al dar a luz a más de tres hijos y que tenía derecho a vivir en paz, sola y ser dueña de su vida.

Veía cómo Julila escuchaba atenta y sin mostrar más interés que el que era adecuado.

entendiera que cuando nos conocimos también te fijaste en mí por mi sangre claudia. Aunque lo niegues, siempre lo supe, querido mío. Deseabas el respaldo de las familias patricias y yo podía ponerlo al alcance de tu mano para que tus enemigos dejaran de tacharte de ser el bisnieto de un panadero africano y nieto de un prestamista usurero.

—Tiberio tampoco quería ese matrimonio, es cierto. Estaba enamorado de tu hermana Vipsania. Como si todo el mundo pudiera permitirse enamorarse.

¡El amor! Querido Cayo, lo nuestro fue amor a primera vista, sin vacilaciones, sin medias tintas ni mentiras. Lo recuerdo en su forma más pura, pulido por el

paso del tiempo que ha acercado su esencia a la eternidad. Aún hoy, cuando los años han acumulado sobre nosotros el peso que surca las pieles, cuando Roma ha cambiado tanto y nosotros con ella, sigo viéndote como aquel joven que me encontró entre la multitud de tu fiesta de afeitado, cuando apenas unas semanas antes yo había regresado tras el final de las proscripciones. Tus veinticinco años, la determinación en tu mirada, la manera en que el calor de aquella noche se mezclaba con el de tu piel. La pulsación de tu sangre bajo mis dedos al sentir tus labios por primera vez y la terrible frustración por sofocar el deseo; el olor de tu sudor, real, tangible, más verdadero que cualquier promesa pronunciada.

VI

LUCIO EMILIO PAULO

Nuestra casa es un reflejo de mi mujer: en cada esquina puede verse su mano obsesiva, en cada gesto de los esclavos se percibe la disciplina que les ha inculcado y en la disposición de cada objeto hay una intención precisa, una orden silenciosa que ella ha dictado. Las lámparas de aceite titilan con ese brillo templado que no permite sombras mal ubicadas e iluminan su mundo con la exactitud que ella exige. Tal vez... tal vez sea una forma de control, una forma de imponer orden donde todo es caos.

Pero a mí, a veces, me desquicia. Me frustra ver su empeño en controlar cada detalle, cada gesto, cada mínima imperfección, cuando en realidad no puede controlar nada, ni siquiera a sí misma. Y es que, en estos días, Julila se ha vuelto contra mí: insinúa que me he equivocado y que no debimos haber abordado el tema de Póstumo por el lado de Agripina. Pero ¿qué es lo que se supone que debo hacer? No tengo la culpa de que no conozca a su propia hermana: debería haber sabido que Agripina está prometida con Germánico.

Hoy le entrego un pergamino, y lo hago con la pausa que merece la situación. Lo deposito en sus manos como si fuera algo valioso, algo que debe mirar con atención. Pero ella no muestra sorpresa, ni alivio, ni interés. Lo sostiene con la misma frialdad con la que da indicaciones a los esclavos, antes de decirme después de leerlo:

—No hacía falta, Lucio, ya me bastaba con lo que me contaste. Y también con lo que me contó Livia... con lo que me contó toda Roma, pero te lo agradezco.

Tal vez... tal vez esperaba algo diferente, alguna emoción retenida, algún temblor en su voz. Pero no: Julila es Julila y nunca da más de lo que quiere ofrecer.

—Podrías pensar en los riesgos asumidos para conseguirlo... —digo, y no porque espere gratitud, sino porque al menos quiero que lo reconozca.

Ella sonríe, pero no es una sonrisa dulce, ni de satisfacción, sino una cargada con una ironía que pesa más que cualquier emoción.

—Justamente, Lucio, soy demasiado consciente de esos riesgos después de haber hablado con Livia. No he conseguido engañarla... ahora lo sé, y en adelante estará más atenta que nunca a nuestros movimientos. Debemos jugar mejor. Pero tampoco ella me engañó: sé que me mintió sobre mi madre.

La luz de las lámparas de aceite se desliza sobre las figuras pintadas en las paredes que parecen observarnos con la misma intensidad con la que nosotros miramos hacia nuestro futuro.

—La discreción es lo único que nos mantiene en pie —aduzco y Julila asiente sin necesidad de discutirlo.

La casa, el aire contenido, los esclavos inmóviles lejos de las puertas... todo tiene un orden y está pensado para evitar riesgos innecesarios.

—Y, aun así, pese a todo lo que se dijo y lo que está escrito aquí, en este discurso de falacias... —Golpea con suavidad el rollo de pergamino que le he entregado con el reverso de su mano—. Mi madre sigue siendo querida.

Su voz no tiembla, tampoco su mirada.

—Por algo estuvo en el centro de la propaganda de tu abuelo —respondo—. Y si algo no se le puede negar es su éxito en esas lides. En ese aspecto, es el mejor. Mejor que los que le precedieron, sobre todo mejor que César. Tu madre aún es muy querida.

El eco de la certeza se extiende entre nosotros.

Porque, sí, Julia ha sido condenada y exiliada, y vilipendiada y apartada de la historia que su padre ha construido. Pero no se puede borrar por completo lo que ha sido. Y ese recuerdo, esa imagen viva y aún vibrante en la memoria de Roma, es una ventaja.

—Tenemos que reclamar su vuelta —dice Julila, y al pronunciarlo su espalda se yergue con la determinación que reserva para sus decisiones más firmes.

VII

PUBLIO OVIDIO NASÓN

La copa de vino de Cécubo se encontraba a mi alcance y no dudé en girarla entre mis dedos, removiendo su contenido con paciencia, mientras buscaba en su aroma la resolución que el momento demandaba.

—Tiberio... —dejé caer su nombre con la misma pausa con la que el vino descendía por las paredes de la copa—. Hacía años que su sombra se había vuelto objeto de burla en nuestro círculo.

Con mesura, no interrumpiste. Sabías que habría de decir más y no te equivocaste.

—Tu madre, Julila, supo cómo hacerlo desaparecer de la escena sin estridencias, cómo socavar su imagen hasta que su presencia se tornó en prescindible. Pero nunca imaginamos que él mismo elegiría el exilio, que marcharía a Rodas como quien abandona una partida del juego de ladrones que aún no ha terminado, dejando que su oponente le aplaste.

Exhalaste apenas, no lo suficiente para ser un gesto deliberado, pero sí para que yo captara el peso de aquellas palabras para ti.

—La verdad es que mi abuelo no se lo tomó precisamente con indiferencia —indicaste—. Su indignación fue enorme y su furia creció más allá de lo esperado, incluso para Livia. —Te quedaste un instante pensativa—. Nadie podía pronunciar su nombre delante de él. Un día, estábamos en su casa comiendo y hablábamos de animales domésticos; y recordé un precioso perrito que Tiberio me había regalado al poco de casarse con mamá, un perrito de la isla de Melita. Cuando nombré esa historia yo debía de tener

—Tal vez podamos suavizarle la vida —completo yo. Su deseo me parece demasiado difícil de cumplir—. De todas formas, hay que asociar a tu hermano Póstumo con la popularidad de tu madre y con la de tus hermanos. Póstumo también es su hijo, como lo eran Cayo y Lucio. El pueblo es maleable y podemos encender sus sentimientos. Y quizás, así logremos la adopción de Póstumo por parte de tu abuelo.

unos catorce años y mi abuelo se enfadó. Básicamente, me invitó a retirarme sin terminar de comer. —Julila se rio—. Aunque la verdad es que a mi madre tampoco le hizo mucha gracia que lo mentara... «Mi propia hija», dijo, tan grandilocuente como podía ser ella... —Negaste con la cabeza—. A veces mamá podía ser injusta...

—¡Injusta! —exclamé, mientras me inclinaba apenas sobre la mesa, la incredulidad teñía mi voz—. ¿Julila, acaso olvidas quién era Tiberio? ¿Olvidas su frialdad, su insensibilidad, la manera en que redujo a tu madre —¡la persona más luminosa entre las sombras!— hasta convertirla en una sombra de sí misma?

Tomé la copa y la apreté entre mis dedos. Sentí las molduras en forma de ramas de oliva en la plata, sobre mi piel y al observar su contenido un instante, sentí que el peso de la historia se condensaba en aquel líquido turbio y dorado.

—Tú también puedes ser injusta, Julila. —Volví a alzar la mirada y te lo dije mirándote a los ojos—. Puedes ser muy injusta. Tú madre lo pasó mal con Tiberio. Muy mal. Él la acusó de lo que no se acusa a nadie, de aquello que el destino mismo habría repudiado: un crimen sin nombre, una atrocidad digna de Medea. Lo de su hijo, tu pequeño hermano fallecido.

Por tu asentimiento entendí que sabías de qué terrible calumnia hablaba.

—Lo único que hizo tu madre, Julila, fue tratar de sobrevivir al Averno que debió de ser compartir su vida con alguien tan anodino y sin clase, tan falto de estilo y aburrido, y además cruel como él.

VIII

AGRIPA JULIO CÉSAR (PÓSTUMO)

Desde hace dos años pasé de llamarme Marco Vipsanio Agripa Póstumo a Agripa Julio César, pero para todos sigo siendo Póstumo, el que nació tarde. Ahora, soy un hombre; tardaron, pero me han dado la toga viril. Y mi abuelo es mi padre. Es raro, lo sé, pero es así: nos adoptó a mí y a Tiberio. Y Tiberio adoptó a su vez a Germánico.

Ya soy como fueron mis hermanos Cayo y Lucio... en teoría. Me siento orgulloso de eso. Ahora soy el hijo de Augusto y el nieto del Divino César. Soy supuestamente rico, fuerte. Soy Neptuno al igual que lo fue mi verdadero padre. También podría ser Apolo, lo mismo que mi padre adoptivo.

Tengo diecisiete años y hace unos meses que los cumplí. Y aunque ahora estoy en la piel de mis hermanos, sigo pensando que he llegado tarde. Muy tarde.

Tarde para conocer a mi padre. Tarde para estar con mi madre. Y, aunque ahora ocupo el lugar que dejaron Lucio y Cayo, tarde para ser como ellos. Mi toga viril no ha sido celebrada por toda la ciudad. No se me ha nombrado Príncipe de la Juventud, ni comandante de ninguna división de caballeros. No se me permite hablar en las reuniones del Senado, ni se me ha nombrado pontífice. No me han prometido un consulado. No, no y no.

Nada.

Solo me han dado la villa de mi verdadero padre en el Campo de Marte y aquella cercana a Pompeya donde él murió. Pero mi dinero –¡mi herencia!– lo guarda el abuelo por ser mi padre adoptivo, o eso dice. Me da migajas. Un peculio, como si fuera un maldito esclavo. Me hierve la sangre...

Quiero el mar. Quiero comandar la flota y navegar. Quiero ser libre, pero estoy aquí, en Roma, en esta mierda de ciudad que se hunde en la miseria.

Contacto:

Javier Gómez Valero – Comunicación

Tel. 658 160 824

comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



Otros títulos de la colección Novela histórica



DOSIER DE PRENSA

